

“No sé a donde me conduces,
pero sí sé que es
un lugar bueno para mí”



Amanda Céspedes*

* Amanda Céspedes: Médico Neuropsiquiatra Infantil U. De Chile. Postgrado U. Degli Studi de Turín, Italia. Desarrolla y promueve el conocimiento del cerebro infantil aplicado a la educación. Escritora.

1. Facundo Ponce de León, Autoridad y Poder, 2013 filósofo y periodista uruguayo.

Un adolescente toma una decisión que podríamos llamar absurda e inexplicable, pero que se puede entender desde la esencia de ser un adolescente actual. Durante 182 días realizó fisicoculturismo solo con la mitad izquierda de su cuerpo, obteniendo al cabo de esos 6 meses una apariencia física maltrecha, retorcida y asimétrica, además de probables dolores musculares y articulares, alteraciones posturales, vestibulares y propioceptivas. Sus argumentos: según él, era muy popular y atractivo en las RRSS, de modo que decidió minimizar la apariencia como un modo de contrarrestar la fatiga provocada por la popularidad, y lo hizo a través de romper radicalmente con los códigos estéticos imperantes.

La adolescencia, que se extiende en promedio entre los 15 y los 23 a 25 años, posee características neurobiológicas, psicológicas y psicosociales propias y diferentes de aquellas propias de la pubertad. Estas características son moldeadas por las circunstancias ambientales propias del momento histórico social.

Desde el punto de vista neurobiológico, durante la adolescencia -y muy especialmente en el tramo inicial, de los 15 a los 18 años- ocurren nuevamente profundos y veloces cambios cerebrales regionales, que permiten explicar parte importante de la forma de pensar, de sentir y de los comportamientos propios de la adolescencia. Estos cambios se producen especialmente en las regiones encargadas de procesar las emociones, enjuiciar la realidad, definir una identidad, tomar opciones frente a los desafíos que se van presentando y enriquecer el autoconocimiento (áreas límbicas, corteza prefrontal y circuitos cortico límbicos). El resultado de estos cambios en marcha a medida que el adolescente atraviesa la fase de los 15 a los 18 es inestabilidad emocional, confusión, crisis de identidad y un juicio muy subjetivo de la realidad.

Sobre estos fenómenos bio psicológicos se instala lo social contextual, territorial, barrial, escolar, familiar, dando como resultado una etapa de mucha vulnerabilidad emocional, mucha soledad, mucha necesidad de otros a quienes admirar y, muy especialmente, de instancias sociales en las cuales los adolescentes puedan desplegar sus sueños, sus ideales y su energía vital. Es en este punto en el cual los adultos que acompañamos o “creemos acompañar” a los adolescentes debemos detenernos. Ellos necesitan líderes reales con quienes ir construyendo tales sueños; si no los encuentran buscan ídolos, y si se decepcionan de estos ídolos se encuentran nuevamente solos, a merced del

nihilismo, de la apatía o de ir por la vida dando tumbos y haciendo elecciones equivocadas que los sumen en mayor confusión. Hoy día los metaversos digitales están plagados de adultos que merodean buscando adolescentes confundidos a quienes subvertir. Uno de esos metaversos es el submundo delictual. La subcultura delictiva ofrece a muchos chicos marginados elementos de pertenencia apetecibles, como creencias, valores, discursos y prácticas cuyo denominador común es la desviación de lo normativo. Sus líderes alardean a través de las RRSS mostrando éxito inmediato, especialmente ganancias en dinero, lo cual prende con gran facilidad en adolescentes que han perdido toda expectativa y que carecen de un sentido vital. Las RRSS son para esta subcultura una inigualable vitrina donde exhibir su éxito y tender un anzuelo para adolescentes desencantados, tanto varones como chicas.

Y hay otro metaverso cuyo impacto es poderoso en la adolescencia, cuando hay una crisis del autoconcepto referido a todos los ámbitos: la consigna no solo es ser atractivo o atractiva; también lo es ser original, tener un pensamiento propio, romper los viejos esquemas. El adolescente que convierte su cuerpo en una deforme llamada de atención a sus seguidores: “¡no quiero seguir siendo popular!” no renuncia a sus seguidores en las redes sociales ni a los like de aprobación; se mantiene en esa red, pero esta vez recurriendo a un recurso límite que, sin duda alguna, concitará aún más atención de su público, la viralización será imparable, porque el morbo es un combustible de alto octanaje para todas las edades.

Entonces... ¿Debemos rendirnos ante la existencia de metaversos desconocidos para el mundo adulto que están fagocitando a la adolescencia, enfermándola y aniquilándola? Sin duda alguna que no. Dirijamos nuestra mirada hacia aquellos adolescentes que dan muestras de tener sueños porque elaboran proyectos, esforzándose por conseguir su meta; que muestran un sólido carácter (voluntad, tesón, perseverancia), que creen en que es posible otro mundo si se trabaja comunitariamente elaborando proyectos y haciéndolos realidad a costa de pasión y esfuerzo. Esos adolescentes que se hacen presentes cada vez que alguna región de Chile es azotada por una catástrofe natural llevando consigo sus palas, sus chuzos y su deseo de servir. Y frente a ellos planteemos dos preguntas esenciales: ¿Estos adolescentes siguen a ídolos o a líderes? Y ¿soy yo un líder para ellos o los dejo abandonados a esos ídolos -reales y virtuales- que me permiten seguir en mi zona de confort?

La libertad, el sueño de todo adolescente, no es sinónimo de ir solo por la vida. La libertad es caminar con una inspiración: cambiar lo negativo del mundo que han heredado. Y ese camino se hace acompañado por líderes que saben inspirar.